

## EL MARIATEGUI QUE NOS FALTA

Tomás G. Escajadillo

El pasado 4 de junio, al inaugurarse el Seminario “José Carlos Mariátegui y su tiempo”, evento auspiciado por la Municipalidad de Lima, Javier Mariátegui Chiappe —el hijo menor del Amauta— confirmó las noticias de que en el presente año en que se celebra el 90º aniversario del nacimiento de Mariátegui de todas maneras saldrá publicada su *Correspondencia*. Sobre este *corpus*, que por su envergadura se publicará en dos tomos, versó la intervención central de la noche, a cargo de Ricardo Luna Vegas, que ha venido colaborando infatigablemente —inclusive en la tarea de corrección de pruebas de galera y de página— en los trabajos de preparación de este libro capital para la bibliografía política y cultural del Perú.

En numerosas notas periodísticas, en efecto, habíamos dado por hecho que la *Correspondencia* de José Carlos Mariátegui aparecería indefectiblemente en el año de su 90º natalicio; incluso desde comienzos del presente año habíamos adelantado que el profesor Antonio Melis, encargado y prologuista de la *Correspondencia*, vendría a Lima a supervisar los últimos detalles de esta verdaderamente ardua y trascendente tarea. Pues bien, el profesor Melis ha pasado recientemente cerca de un mes entre nosotros, laborando incansablemente en su abrumadora faena apoyado por un número considerable de mariateguistas peruanos. Es en verdad una tarea —bien hecha, como lo está haciendo el profesor Melis, reconocido unánimemente como uno de los mariateguistas más versados— impresionante. Melis vino con el prólogo (un prólogo realmente importante) prácticamente terminado y con la fijación de los datos y las notas que aparecerán con las cartas mismas —y la fijación asimismo de su texto exacto—; el único problema que trajo fue el de los dos “Índices onomásticos” que llevará el libro: un primer índice con información amplia sobre los corresponsales o destinatarios de las cartas de Mariátegui, y un segundo, con sucinta información de las personas mencionadas en dicha *Correspondencia*.

De todas maneras, ésa no fue la única preocupación de Melis, pues a último momento han aparecido nuevas cartas y hasta amenazaron aparecer aún otras más. El descubrimiento, por ejemplo, de una carta de Mariátegui a Eguren tuvo

que ocasionar el respectivo ajuste en el prólogo, en el que se afirmaba que, a diferencia de importantes —y distanciadas en el tiempo entre sí— cartas de Egueren a Mariátegui que se transcribían, no había, en cambio carta alguna del segundo al autor de *La canción de las figuras*. Bueno, ahora hay por lo menos una y la posibilidad de que, de regreso Melis a su Florencia natal, aparezcan otras más. En cuanto a la fecha de aparición de los dos volúmenes, no comparto el optimismo de José Carlos y Javier Mariátegui Chiappe, quienes piensan que los dos tomos se publicarán el presente año. Con seguridad el primero aparecerá hacia finales de octubre o principios de noviembre (cálculo con el que el propio Melis está de acuerdo); en cambio, por los problemas mencionados respecto de los “Índices onomásticos”, pienso que el segundo tomo de la *Correspondencia* de JCM no verá la luz antes de febrero del próximo año.

De todas maneras se puede considerar un hecho la publicación del epistolario de Mariátegui. Ello viene a dejar —al fin— satisfechos a numerosos mariateguistas que, en estos últimos años, habían venido demandando la concretización de una tarea prometida en 1959, y subrayando los contrabandos y distorsiones de muchos aspectos de la vida y la obra del gran Amauta que se venían realizando precisamente por la carencia de pruebas documentales provenientes de su correspondencia. Este es, pues, un capítulo cerrado (el primer tomo debe aparecer un poco antes o un poco después de esta entrega especial del No. 20 de *RCLL*), o por lo menos así deberíamos considerarlo: ahora se abrirá el debate del contenido de la *Correspondencia* de JCM. Muchos de los que medraban en la penumbra que la falta de publicación de las cartas del Amauta ocasionaba tendrán que dedicarse a otro tipo de contrabando. La *Correspondencia* de José Carlos Mariátegui producirá más de una sorpresa.

### La Problemática de la “Edad de Piedra”

Contra lo que muchos creen —o dicen creer— la resistencia de los familiares de Mariátegui a publicar los textos de los años 1914-19, el período adolescente y de juvenil maduración, cesó hace bastantes años, a pesar de que en las reediciones de los tomos de las “Obras Completas” por parte del sello familiar “Empresa Editora Amauta” se sigue leyendo hasta la actualidad: “Deliberadamente se ha omitido su no menos copiosa obra escrita en la adolescencia, hasta su partida al Viejo Mundo. Respetuosos de la apreciación que este período de su vida le mereciera, y que irónicamente llamaba su “edad de piedra”, no incluimos (en la colección “Obras Completas”) ninguno de sus escritos de aquella época, que, además, poco añaden a su obra de orientador y precursor de la conciencia social en el Perú”. Aunque esto último pudiese ser cierto ahora es más evidente que hace 25 años —cuando se publicaron los primeros tomos de las “Obras Completas”— que la imagen del Mariátegui juvenil, obviamente más creador —intensamente creador— que “teórico” o “ideólogo”, puede ser un complemento capital para comprender a ese hombre que fue José Carlos Mariátegui. Hay, además, otra

282

razón, avalada por palabras del propio Mariátegui<sup>1</sup>, y sería la de considerar la posibilidad de que no hay un “divorcio” tan total entre lo escrito antes y después del viaje a Europa. De esta lectura de los escritos de “el joven Mariátegui” devendría la posibilidad de que los escritos juveniles iluminen y hagan más in-telegibles los textos de su fecunda madurez. Debe recordarse, además, que cuando Mariátegui viaja a Europa cuenta ya con 25 años: no era, pues, un “adolescente”, ni todos sus escritos hasta 1919 deben ser juzgados con la misma medida. Por otro lado, la ausencia de los numerosos textos de la “Edad de Piedra” está ocasionando otro tipo de “contrabando”: la de un Mariátegui sobre todo “místico”, “pálido y languideciente como un cirio”, cuya “religiosidad extrema” —como veremos— está ocasionando que algunos la eleven a condición de elemento “clave” para la comprensión del “verdadero” Mariátegui de los años posteriores.

No es ocioso subrayar que la viuda y los hijos han decidido ya —y firmemente— publicar “La edad de Piedra”, considerando, por un lado, que ya es demasiado continental —yo diría incluso que “universal”— la figura del “Mariátegui adulto” como para que los escritos “juveniles” puedan distorsionar dicha unívoca imagen; y, por otro lado, han considerado maduramente la igualmente madura y humorística manera en que Mariátegui se refirió a su obra previa al decisivo viaje a Europa como si toda ella fuera “pecadillos de juventud”. Con la publicación de la “Edad de Piedra” seguramente se encontrará un Mariátegui versátil, disperso y por momentos contradictorio (si como debiera ser, se incluyeran —dejando de lado escritura breve, meramente informativa o simplemente nimia— los textos de los años iniciales)<sup>2</sup>. Tanto mejor: se suscitará un debate a la luz del sol acerca de los méritos y deméritos del “joven Mariátegui”, acerca de su posible entronque o, por el contrario, falta de continuidad y relación con el “Mariátegui adulto”. Esto es lo que deseamos y no la actual situación: un puñado de eruditos que ha tenido parcial acceso al *corpus* de la “Edad de Piedra” y que lo comenta con honestidad o formulan juicios disparatados. O lo que es peor: hacen “contrabando” al interpretar torcidamente al “joven Mariátegui” con la impunidad que les da conocer —o decir conocer— dicho *corpus*, que es un misterio para los no-especializados. Yo diría incluso que el 90% de los exégetas y estudiosos de Mariátegui no tienen una idea ni siquiera aproximada del contenido de la “Edad de Piedra”. Para el público general, que no desea investigar —o no tiene la posibilidad de hacerlo— en las revistas y periódicos en los que el “joven Mariátegui” publicó hasta 1919, la “Edad de Piedra” es conocida por la antología *Páginas literarias*, seleccionadas y presentadas escuetamente por Edmundo Cornejo Ubi-lluz; median largos años entre la primera y segunda edición (1955 y 1978) de esta antología, que —a diferencia de los demás textos de Mariátegui— aparente-

1. Ver sus respuestas a (Angela Ramos) “Una encuesta a J.C. Mariátegui”, en *Mundial*, VII, 319 (23 de julio de 1923), incluido en *La novela y la vida*, pp. 153-54.
2. Según el profesor Chang-Rodríguez (ver nota 3) Mariátegui publicó 7 textos entre 1911 y 1913.

mente “no ha calado” en el público. Estoy convencido que otra cosa será con una adecuada e integral presentación de la “Edad de Piedra”. Recientemente el profesor Eugenio Chang-Rodríguez ha establecido su propia determinación del *corpus* de estos años: 931 textos<sup>3</sup>. Esto hace que el breve libro organizado por Cornejo Ubilluz... ¡sea apenas algo más del 20/o de la “Edad de Piedra”!.

Pienso inclusive que hubiera sido un error mezclar indistintamente en 1959 los textos del Mariátegui juvenil con los posteriores a su regreso de Europa; que fue un acierto divulgar primero ampliamente los textos en que Mariátegui se presenta como el primer ideólogo —marxista o no-marxista— del Perú, el organizador del movimiento popular y *last but not least* el hombre que más influyó en su época en la cultura y la literatura nacionales. Pero ha pasado suficiente tiempo para que los escritos del Mariátegui juvenil puedan mellar la imagen del “primer marxista de América” (en la acertada frase de Antonio Melis, que data de 1967). Como hemos expresado, la familia Mariátegui ya hace un buen tiempo decidió la publicación de la “Edad de Piedra”. ¿Por qué no lo ha hecho? Acá tenemos que hacer un llamado —reiterar un llamado— al profesor Alberto Tauro, nuestro gran amigo. Inicialmente los mismos hijos de Mariátegui comenzaron la ardua tarea de recopilar los textos del “joven Mariátegui”. La tarea no fue nada fácil, pues algunos de esos escritos yacen en efímeras revistas de la época, y se da el caso que sólo en el extranjero se consiguen colecciones completas de algunas de esas publicaciones. Luego se contrató los servicios de un especialista y se llegó a compilar una apreciable cantidad de textos. Estos fueron puestos a disposición del profesor Tauro —uno de los primeros especialistas en el tema de Mariátegui y antiguo amigo de la familia— para que éste se encargara de presentarlos. El Dr. Tauro, sin embargo —con un prurito perfeccionista que está resultando fatal— decidió incorporar textos de Mariátegui sin firma. “Tarea larga, lenta y siempre sujeta a apreciaciones polémicas o subjetivas”, dije hace algún tiempo<sup>4</sup>: “Mi posición es que el profesor Tauro presente cuanto antes a los lectores el material recopilado, y que *deje para sucesivas ediciones nuevos textos de Mariátegui*, sea publicados con seudónimo o sin firma”. Ahora formulo un pedido más tajante porque la tarea de editar *toda la “Edad de Piedra”* habría pasado a un segundo plano, pues la compilación ha sido puesta a disposición del “maria-teguista” Patricio Ricketts, quien planea una personal “selección” que sería lujosamente publicada por una entidad pública. Al respecto transcribo lo que dije al enterarme del asunto: “Ahora estamos frente a un peligro mayor: Patricio Ricketts, profesional del anticomunismo seudoilustrado, se prepara a entregarnos “su joven Mariátegui”, se prepara a presentar algunas de las muestras de la “Edad de Piedra”. ¿Es un anticomunista exacerbado la persona más idónea para analizar las distintas y quizás contradictorias facetas del “joven Mariátegui”; pa-

3. Eugenio Chang-Rodríguez: *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui*. Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, 1983, pp. 238 (p. 45)

4. (TGE): “El Mariátegui que nos falta”, en *Carteles* No. 12 (Revista Cultural de *El Observador*), 3/11/82, p. VI.

ra presentar una imagen balanceada, exenta de prejuicios y manipulaciones del “Mariátegui antes de Mariátegui?”<sup>5</sup>.

Pensamos que el profesor Tauro debe aceptar la ayuda que le ofrecemos, Ricardo Luna Vegas, Wilfredo Kapsoli, Alberto Flores Galindo y yo —para mencionar tan sólo a cuatro “mariateguistas” dispuestos a colaborar con la edición de la “Edad de Piedra”— y presentar —de ser posible en el presente año del 90º aniversario del nacimiento de Mariátegui— *toda la “Edad de Piedra”*.

### No unas piedras: toda la “Edad de Piedra”

Es necesario, aunque en la brevedad que esta nota no lo permite, pasar somera revista a lo escrito *sobre* la “Edad de Piedra”. No faltan trabajos meritorios, medidos, académicos; pero también están de los otros, los exégetas que, ante la imposibilidad del lector de comprobar sus asertos, dicen lo que más les conviene a sus pre-juicios y pre-conceptos. Entre los primeros debe destacarse los aportes pioneros de Genaro Carnero Checa, quien, en su *La acción escrita. JCM periodista* (1964, 1980), esclarece el sentido de la labor periodística de Mariátegui, incluso en su etapa juvenil, al tiempo que formula uno de los primeros llamados en pro de la publicación integral de los textos de la “Edad de Piedra”. En esta misma línea está el valioso libro de Juan Gargurevich “*La Razón*” del joven *Mariátegui* (1978, 1980), “crónica del primer diario de izquierda del Perú”, libro que ha subrayado dramáticamente lo incorrecto —aunque pudiese ser siguiendo indicaciones del propio Mariátegui— que sería no considerar “maduro” y condenar al olvido los escritos del director de “La Razón”, diario de efímera vida que Mariátegui publicó de mediados de mayo a fines de julio de 1919. Prueba suficiente de ello estaría en la transcripción que hace Gargurevich de la columna “Voces” de JCM, tan rica en tonos y temas: nada que ver con una presunta “Edad de Piedra” para quien se haya tomado en serio la auto-ironía de Mariátegui (pp. 187-225 de la 2da. edición: La Habana, Casa de las Américas, 1980).

Fue precisamente —como lo documenta elocuentemente Gargurevich en forma de relato— “la acción escrita” del director del “primer diario de izquierda del Perú” lo que llevó a “La Razón” a una rápida clausura y a Mariátegui y su gran amigo César Falcón —los co-directores— a un grave dilema: “Piedra insistió con un argumento demoledor: /—O el extranjero... o la isla penal” (p. 183, 2da. ed., 1980). Para bien del Perú, Falcón y Mariátegui escogieron Europa.

Es imprescindible ahora señalar la ambivalencia del importante libro de Guillermo Rouillon *La creación herética de José Carlos Mariátegui. Tomo I: La Edad de Piedra* (Lima, 1975; el Tomo II no ha aparecido aunque ha sido anunciado más de una vez). Este trabajoso volumen desgraciadamente carece de un aparato crítico sólido y abusa de las fuentes orales —algunas de ellas de dudosa verosimi-

5. Ibid.

litud—. Es un trabajo del que no pueden prescindir los estudiosos de la obra de Mariátegui, pero a condición de poder cotejar algunos de los muy subjetivos juicios o conclusiones de su autor con los textos del “joven Mariátegui”. Rouillon —que anteriormente había publicado una extensa y angular *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui* (Lima, 1963)—, termina pontificando sobre la vida y la obra del “joven Mariátegui”; sobre lo primero basándose más en cuestionables fuentes orales que en pruebas documentarias; sobre lo segundo “da una imagen” del creador de la “Edad de Piedra” que el lector no puede cotejar con los textos mismos. De otro lado está el caso de la investigadora norteamericana Elizabeth Garrels, que sustentó en la Universidad de Harvard la tesis doctoral “The young Mariátegui and his World” (1974; de paso: es la única tesis que existe sobre la “Edad de Piedra”), que contiene un dictamen sumamente negativo de dicho período inicial. Sin embargo, en un artículo publicado menos de dos años después, se retracta alegremente. Como si estuviese rectificándose de un articulillo escrito al vuelo y no de toda una tesis doctoral, afirma: “En la conclusión de esta tesis, llegamos inclusive a decir que los análisis de Mariátegui ya no nos sirven para comprender a Latinoamérica. A través de nuevas lecturas y conversaciones sobre Mariátegui, hemos comprendido que el empleo de un método demasiado estrechamente académico (especializado) nos llevó a no prestar suficiente atención a ciertos escritos (. . .) Manejando, entonces, ese criterio erróneo, nos decepcionamos excesivamente ante muchos de sus escritos. . .”<sup>6</sup>. Aunque el artículo de 1976 sea más balanceado y menos demoledor que la Tesis de 1974, la Tesis queda... Por lo demás en un libro posterior, cuyo tema a todas luces es forzado, pues no constituye un aspecto importante de la obra escrita de Mariátegui (*Mariátegui y la Argentina: un caso de lentes ajenos*. Gaithersburg, USA, 1982), la Garrels se da el gusto de vapulear otra vez al “primer marxista de América”.

Y, así, tenemos calas parciales en el “joven Mariátegui” provenientes de Alberto Tauro o Diego Meseguer (los capítulos respectivos de su sólido libro *JCM y su pensamiento revolucionario*, Lima, 1974), de Oscar Terán (cuyo texto mexicano, publicado en el No. 4/5 de la revista *Buelna*, es desconocido en el Perú) o de Alberto Flores Galindo, cuyo “Juan Croniquer 1914-1918”<sup>7</sup>, modelo de trabajo de un “scholar” (que esta vez escogió no adoptar actitudes “desafiantes” y “desmitificadoras”), ha tenido amplia difusión entre nosotros. Tenemos, al fin, cierto número de incisiones, de calas parciales en torno al “joven Mariátegui”. Lo que no tenemos —ni especialistas ni lectores— es la posibilidad de juzgar directamente las obras del habitante de “La Edad de Piedra”.

El último en entrar en la arena de la “Edad de Piedra” es el profesor Chang-Rodríguez. En ocasión de una entrevista durante su penúltima visita, habló de

6. Elizabeth Garrels: “Mariátegui, la Edad de Piedra y el nacionalismo literario”, en: *Escritura*, Año I, No. 1, Caracas, enero/junio 1976.
7. (AFG): “Juan Croniquer 1914-1918”, en: *Apuntes*, No. V (10), 1980, pp. 81-98, posteriormente incluido en la segunda edición de su libro *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*. Lima, Desco, 1982, pp. 119-41.

dos libros en relación a esta época: “Mi idea no es exactamente hacer una antología, sino un libro en dos tomos: el primero está en prensa y es el estudio sobre el “ars poetica” de Mariátegui, el otro será un extenso estudio que traerá páginas literarias de JCM a modo de ejemplo”<sup>8</sup>. El primer tomo —aunque no pareciera ser exactamente lo que se anunció— aparentemente ya apareció, con el título de *Poética e ideología en José Carlos Mariátegui* (Madrid, 1983) y es más bien una evaluación global —que incluye el examen de la “Edad de Piedra”— de Mariátegui. Es un tomo serio, documentado, en toda la tradición de lo que Emerson llamó *The American Scholar*, pero no deja de tener bastantes elementos subjetivos, además de la persistencia de su simpatía (o quizás filiación) aprista. (Esto se ve hasta en las cosas más simples: al dar la lista de los colaboradores más representativos de *Amauta*, ésta está encabezada por Haya y sigue una larga relación de ciudadanos apristas; no se menciona, por el contrario a Xavier Abril y Luis E. Valcárcel, los colaboradores más constantes y significativos de la revista. Es necesario, asimismo, añadir algo ya señalado anteriormente: “La antología de Chang-Rodríguez no va a darnos una imagen cabal del “joven Mariátegui”. A ello debemos agregar los peligros del subjetivismo y la naturaleza del lente a través del cual se mira a Mariátegui: Chang declara, por ejemplo “Pero hay que aclarar —saliéndonos del tema del joven JCM— que su marxismo será un marxismo abierto, que recoge diversos aportes y deriva en un eclecticismo-marxismo. Para mí el “ars poetica” de JCM es eclecticismo-marxista”<sup>9</sup>. Aunque el profesor Chang se haya alejado de los planteamientos teñidos por el preconcepto político de sus ideas y adhesiones contenidos en su conocido libro *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre* (1957), el suyo será, de todas maneras, un Mariátegui “personal”<sup>10</sup>. Con motivo de su presencia última en Lima, después de la publicación de *Poética e Ideología en JCM*, estas preocupaciones se acentúan: ya no sólo es Mariátegui un “eclecticismo-marxista”, un “marxista hasta cierto punto heterodoxo”, sino que su componente religioso lo convierte en... ¡precursor de la Teología de la Liberación! Por lo visto es una nueva moda; hace poco el padre José Trigo hacía lo mismo con la obra de Arguedas; ahora Chang argumenta: “La religiosidad de Mariátegui se proyecta hacia su vinculación con la política y el marxismo, preparando así el camino para lo que hoy conocemos como la teología de la liberación”<sup>11</sup>, y en otro lugar: “Hay que considerar el elemento religioso que él arrastra desde su juventud, y que no se puede desvirtuar políticamente como se ha hecho hasta ahora. Tal vez lo que más se le

8. “En busca del joven Mariátegui. Entrevista con Eugenio Chang-Rodríguez”, por Federico de Cárdenas y Peter Elmore. En: *Carteles* No. 2 (Revista Cultural de *El Observador*), 25/8/82, p. III.

9. Cf. nota anterior. En el libro citado en la nota 3 hay toda una sección titulada: “La crítica literaria como doctrina: el eclecticismo-marxismo” (pp. 199-204).

10. Cf. artículo citado en la nota 4.

11. Ver “Chang-Rodríguez. El mandarín del norte”, por Jorge Salazar. En *Caretas* 16 de enero de 1984, p. 42.

aproxima es lo que se conoce con el nombre de Teología de la Liberación”<sup>12</sup>. Y como Javier Mariátegui Chiappe “fue compañero de estudios” del padre Gustavo Gutiérrez, todo queda comprobado y consumado...

La propuesta fundamental de Chang-Rodríguez es, sin embargo, a mi juicio válida: “Para avalar la obra total de Mariátegui se necesita tener en cuenta la interrelación entre su periodismo y su evolución ideológica. Descartar la principal de sus ocupaciones es ignorar una de las fuentes de su preocupación intelectual y de su estilo. El diarismo le dinamizó el verbo, le proveyó de sustantivos precisos, de adjetivos exactos, de sintaxis fluida y le ayudó a conformar su ars poetica”<sup>13</sup>. En efecto, el examen del Mariátegui juvenil no oscurecerá sino, por el contrario, echará mayores luces sobre el pensador e ideólogo, así como el joven creador ayudará a entender al teórico y crítico de la madurez, al hombre que, en concepto de uno de sus más autorizados exégetas —el profesor Adalbert Dessau, de la RDA— fue el “fundador de la ciencia literaria marxista en América Latina”. Razon tiene Chang-Rodríguez al afirmar: “A mí me pareció que era el momento que se pudiera apreciar y evaluar esta obra indicando tanto los puntos positivos como los negativos, para poder trazar la trayectoria completa y ver cuánto pesaba la obra y la ideología juveniles en la obra y el pensamiento posteriores”<sup>14</sup>; y un poco más adelante, a la pregunta de “¿El desconocimiento de la etapa juvenil debe ser una de las causas principales de una lectura incompleta, superficial o engañosa de la obra madura?” (una pregunta un tanto excesiva), responde tajantemente: “Efectivamente”.

Me parece que la única respuesta a estas justas interrogantes y, a la vez, la única manera de “controlar” las diversas “versiones” que del “joven Mariátegui” nos están dando distintos “iniciados” (entre los cuales no faltan los despistados o los que actúan con mala fe), es la inmediata publicación del *corpus íntegro de la Edad de Piedra*. Tengo que repetir anteriores reparos: “Tenemos que manifestar claramente nuestras objeciones a las distintas “versiones” y ediciones parciales que se están dando del Mariátegui juvenil. La publicación de toda la “Edad de Piedra” es la única manera de poner las cosas en su perspectiva, dar una imagen global a estudiosos y lectores y frenar pasadas y futuras tergiversa-

12. Ver “Chang-Rodríguez: Heterodoxia y Religiosidad en Mariátegui”, por Ricardo González Vigil. En: *Suplemento Dominical de El Comercio*, 15/1/84, p. 17. Estas afirmaciones tienen su concreción final en nada menos que todo un capítulo de su libro citado en la nota 3, titulado “3 Religión y revolución”, especialmente en el apartado “3.6 Marxismo cristiano”, pp. 106-110. Por ejemplo: “En suma, se podría sostener que Mariátegui se adelantó a los teóricos de la teología de la liberación, como el padre Gustavo Gutiérrez, futuro compañero de estudios de su hijo Javier” (p. 106).
13. (E. Ch-R): *Poética e ideología en JCM* (citado en nota 3) contiene numerosas expresiones casi idénticas, especialmente en el “Prólogo” y en las primeras páginas del capítulo 2, “La literatura de la “Edad de Piedra””. La presente cita, sin embargo proviene de: “Chang-Rodríguez; Gonzalezpradista y Mariáteguista”, por Carlos Johnson. En: *Suplemento Dominical de El Comercio*, 18/1/83, p. 15.

14. Entrevista citada en nota 12

ciones —cuando no simples y llanas manipulaciones. Es muy fácil, por ejemplo, hacer una selección “personal” de un joven Mariátegui místico, pálido y languideciente como un cirio. Algo así como los manipuladores de *La Prensa* que presentaban a un “Vallejo en la cruz de sus poemas”. Son muchos los estudiosos que han dado sus “versiones” del “joven Mariátegui” sin que el lector tenga los textos de la “Edad de Piedra” para “defenderse” de tales “versiones”.<sup>15</sup>

## Coda

Quiero ilustrar lo anterior con una anécdota significativa. Al Coloquio Internacional “Mariátegui y la Revolución Latinoamericana”, celebrado en abril de 1980 —en homenaje al 50º Aniversario de la muerte del Amauta— en Culiacán, Sinaloa (México), organizado por la Universidad local (y que es, digámoslo de paso, el certamen académico más importante que se haya realizado sobre la vida y la obra de Mariátegui) se presentaron dos ponencias sobre el “joven Mariátegui”. Pero mientras la “académica” comunicación del profesor Alberto Flores Galindo (su posteriormente divulgado texto “Juan Croniquer 1914-1918”) fue ubicada en el “Tema 4. Mariátegui en la formación del movimiento social peruano”, lo que indicaría, de todas maneras, una cierta “continuidad” —por lo menos en algunos aspectos— entre “los dos Mariátegui”, la ponencia del profesor Alberto Tauro fue, sorpresivamente, ubicada en el “Tema 2. El marxismo de Mariátegui”, a pesar de que el título de la misma fue “JCM en su “Edad de Piedra””. Desgraciadamente el profesor Tauro no llevó un texto escrito, sino que apoyó su disertación con la lectura parcial de algunas fichas —tenía una cantidad impresionante de ellas— en las que se demostraba la presencia de un pensamiento marxista, cada vez más coherente, en el Mariátegui *anterior al viaje a Europa*. ¿Cómo podríamos refutar al profesor Tauro? Imposible: nos invade la misma impotencia de no poder rechazar la imagen del “místico joven Mariátegui” que muchos nos quieren vender. Nos faltan los textos de la “Edad de Piedra”.

Y sobre esto gira nuestro último comentario. Ya en su visita de 1982 el profesor Chang-Rodríguez había detallado su determinación del *corpus* de la “Edad de Piedra”: “Un total de 840 artículos y crónicas periodísticas, 15 cuentos, 37 poemas, dos piezas de teatro y 37 notas sobre literatura” (*Carteles* No. 2, ya citada); este mismo *corpus* —dividido por años— se consigna en la página 45 de su reciente libro que estamos comentando. ¿Coincide esta “fijación” del *corpus* de la “Edad de Piedra” con la compilación que desde hace un buen tiempo viene haciendo la familia Mariátegui? No lo sabemos, porque ninguna información se ha proporcionado acerca de esta recopilación, digamos “oficial”. El profesor Chang ha considerado sólo los textos firmados por Mariátegui o los que aparecieron bajo alguno de sus conocidos seudónimos. Creo que es el camino correcto, sin descartar que *para futuras ediciones* pueda incorporarse a la “Edad de Piedra” tex-

15. Texto citado en la nota 4

tos de Mariátegui publicados por algún motivo sin firma ni seudónimo. En la extensa bibliografía que acompaña al aludido libro del profesor Chang-Rodríguez (*Poética e Ideología en JCM*), se consignan los datos de 102 de los 931 textos que, para él, constituyen el *corpus* de la “Edad de Piedra”; como quiera, de otro lado, que en el aparte inicial de “Reconocimiento” a las personas que lo ayudaron en la elaboración de su libro figura, y de una manera especial, Javier Mariátegui Chiappe, no tenemos la menor duda que el profesor Chang-Rodríguez pondrá a disposición de la editora de la familia Mariátegui —“Empresa Editora Amauta”— su información relativa a la totalidad de los 931 textos que ha ubicado. Será su mejor homenaje a la memoria del “joven Mariátegui” y del “Mariátegui integral” que él quisiera ver expuesto al gran público. Dado por hecho la publicación de la *Correspondencia* de Mariátegui —que, sin duda aumentará en contenido en el futuro, cuando temores y cálculos económicos permitan el acceso a fotocopias de cartas adicionales— en este año de 1984 en que se celebra el 90º aniversario del nacimiento del gran Amauta, “el Mariátegui que nos falta” es el habitante de la “Edad de Piedra”. La tarea de todos los que admiran o estiman a Mariátegui es ahora la de permitir que todos podamos leer los textos de ese misterioso “joven Mariátegui” cuando vivía —y escribía— en su llamada “Edad de Piedra”.